

Decimotercer Domingo del Tiempo Ordinario C2022

Dios nos llama en las circunstancias varias y más ordinarias de la vida, cuando menos lo esperamos. Él nos llama desde donde vivimos y en las cosas que hacemos en el mundo. Nos llama a trabajar para él independientemente de nuestros méritos y de nuestra historia personal. Ninguno de nosotros puede sentirse menos valioso que los demás porque no tiene suficientes dones o porque llega tarde a la fe. Todos estamos llamados como somos, del mismo modo, para la misma misión, por el mismo Señor.

Esta verdad se evidencia en el llamado de Eliseo. Era un hombre corriente, un granjero. No esperaba en absoluto convertirse en profeta algún día. Cuando vio al profeta Elías arrojando sobre él su manto, que es símbolo de sucesión, comprendió que su vida estaba entrando en un punto de inflexión. Fue llamado al cambio de carrera. Como Eliseo, los demás señores del Evangelio también fueron llamados fuera de toda expectativa. El primero fue llamado mientras estaba de luto por su padre, y el segundo mientras estaba en el negocio familiar.

Aunque el llamado de Dios se da libremente e independientemente de los méritos, es, sin embargo, exigente. Hay que distanciarse de la ocupación inicial de la vida para responder correctamente a Dios. Tiene que dar una respuesta inmediata a la llamada de Dios. Para Eliseo, significó dejar su granja, sacrificar los bueyes, quemar el equipo de arado. Mientras que para Eliseo fue fácil dejar su vida pasada, para los señores del Evangelio las cosas fueron difíciles. Primero querían ir a enterrar a sus muertos y despedirse de la familia. A ellos Jesús les dijo: "El que empuña el arado y mira hacia atrás, no sirve para el reino de Dios".

Jesús tiene razón porque la vida se vive mirando hacia delante construyendo el futuro y no volviendo al pasado. Hay personas cuyo corazón está siempre en el pasado, lamentando lo que han dejado atrás y la elección que han hecho hasta el punto de poner en peligro su vida presente. Caminan para siempre mirando hacia atrás y pensando con nostalgia en los buenos viejos tiempos. La consigna del reino de Dios no es "hacia atrás", sino "hacia adelante".

En otras palabras, la lógica del reino de Dios exige de nosotros la valentía de romper con el pasado y emprender un futuro desconocido bajo la guía de Jesús. Quien carezca de este coraje siempre estará dudando en tomar una decisión a favor de Jesús y por las cosas de Dios. Este punto es muy crucial porque vivimos en una cultura en la que se nos dice que no apesuremos las cosas y que nos tomemos nuestro tiempo. Eso sí, es importante frenar, reflexionar y madurar la decisión a tomar. El problema, sin embargo, es que lo que es provechoso en la vida ordinaria puede no ser beneficioso para nuestra vida eterna.

La experiencia humana nos ha enseñado que las oportunidades que perdemos hoy, es posible que no las tengamos mañana. La gracia que tenemos hoy para escuchar la palabra de Dios y su invitación al cambio, quizás no nos la vuelva a dar mañana. Muchas cosas pueden suceder en el medio, que hacen imposible tal posibilidad. Por lo tanto, siempre es sabio aprovechar la gracia del momento cuando se nos presente y tomar una decisión para nuestra vida eterna.

Sería una tontería pensar que todavía tenemos tiempo o que todavía somos jóvenes. Nunca sabemos lo que nos depara el mañana. Creo que esto es lo que Jesús quiere decirles a aquellas personas a las que llamó para que no se demoren en tomar la decisión por el reino. Como sabemos por experiencia, muchas personas hoy en día están desconsoladas y llenas de remordimiento por las oportunidades perdidas que habrían cambiado sus vidas para bien.

Me parece que, al no permitir que aquellas personas a las que llamó vayan a enterrar a sus muertos o a despedirse de la familia, Jesús quiere decirnos que ser su discípulo requiere algún sacrificio de nuestra parte. Sería difícil ser un buen discípulo sin pagar el precio de lo que significa. Como dijo San Pablo en la segunda lectura, si queremos satisfacer nuestros propios deseos, pasiones y emociones, será muy difícil responder correctamente a Dios.

Este es un tema desagradable en nuestra sociedad y cultura basada en el placer y disfrute de la vida a través del dinero y el sexo. En tal cultura, el sacrificio siempre se ve como algo negativo, como una restricción a la libertad de disfrutar de la vida y el placer. Y, sin embargo, el sacrificio no siempre es negativo. Significa solamente que renunciamos a algo por otro más valioso; renunciamos a algo por otro más importante. Es como cuando nos negamos a comprar un coche caro por uno barato con el fin de ahorrar dinero para las vacaciones o la escolarización de nuestros hijos.

Mientras estemos atrapados en la cultura del placer con la idea de que el sacrificio es negativo, estaremos en problemas cuando se trata de servir seriamente a Jesús y ser un buen discípulo. Tenemos que orar para que el Señor despierte nuestra conciencia a las exigencias de su Reino y nos haga libres.

Ahora, déjame terminar. La llamada de Dios nos llega en diferentes circunstancias de la vida e independientemente de nuestros méritos. Sin embargo, Dios no fuerza nuestra mano. Su llamado a nosotros es siempre una invitación, nunca una imposición. Para los que aceptan, se vuelven parte de la misión de Jesús. Para los que se niegan, Dios muestra su misericordia y paciencia. La paciencia de Dios es el fundamento de la conversión del corazón.

A diferencia de Santiago y Juan que querían que bajara un fuego para destruir a los que no quisieron recibir a Jesús, nosotros estamos invitados a la tolerancia. La tolerancia es la condición de la convivencia y de un mundo libre de violencia. El único fuego que necesitamos es el del Espíritu Santo que transforma el corazón de las personas, haciéndolas mejores de lo que eran antes. ¡Que Dios los bendiga a todos!

1 Reyes 19: 16b, 19-21; Gálatas 5: 1, 13-18; Lucas 9: 51-62



Fecha de la Homilía: el 26 de Junio, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20220626 homilia.pdf